

Las bienaventuranzas, las palabras del Evangelio de hoy, muchas veces son alabadas, pero pocas veces son vividas. Como muchas, o casi todas, de las enseñanzas de Jesús, no son fáciles de entender. ¿Dichosos, o felices, son los pobres? ¿Cómo puede ser? ¿Los sufridos heredarán la tierra? Estas declaraciones, para algunas personas, son tan contradictorias con la experiencia de nuestras vidas que las desecharíamos si ellas no fueran las palabras de Jesús. Claramente para cualquier persona que acepta a Jesús como Señor, estas palabras son importantes. Mas aún, estas palabras inician el Sermón en el Monte, el cual contiene las enseñanzas básicas de nuestra fe. Enfocado en las primeras tres bienaventuranzas, quiero para ayudarnos a entender hasta cierto punto lo que estas enseñanzas básicas de nuestra fe están diciéndonos.

En traducciones al español cada bienaventuranza comienza con la palabra bienaventurados, felices, o dichosos (en traducciones al inglés, blessed o happy). Si usamos la traducción, «Felices los que tienen el espíritu del pobre», las palabras parecen no menos confusas. Como ya dije, muchas, si no la mayoría, de las enseñanzas de Jesús no son fáciles de entender, quizás porque Jesús mismo no es fácil de entender. La época en que vivimos es todavía demasiado similar a la época que Jesús trató de transformar. Las bienaventuranzas son un gran contraste con la noción de «felicidad» que estamos acostumbrados a escuchar. No es de extrañar que las bienaventuranzas no tienen sentido y parecen casi contradictorias a nuestras mentes.

Pero quiero recordarles, o decirles, lo que dije hace dos semanas en la homilía. Ya les dije que los judíos esperaban que el Mesías fuera un león, es decir, un rey guerrero; en cambio, Jesús el Mesías era un cordero, un siervo sufrido, que dio su vida para que viviéramos. En la homilía de la semana pasada, les sugerí que nos hemos olvidado de lo que es el amor, que la Biblia y la Iglesia nos dicen que no podemos amar a Dios si no amamos a nuestro hermano, y que el amor atrae a la gente juntos.

El Evangelio de esta semana nos dice la manera que podemos llegar a ser como Jesús, el Mesías, el Cristo, el Dios que profesamos amar y servir, y ese camino no es el camino del mundo en que vivimos. Ustedes recordarán que Juan el Bautista vino a preparar el camino del Señor. También recordarán que su tema fue: «Conviértanse, porque ya está cerca el Reino de lo cielos». Repito, «Conviértanse, porque ya está cerca el Reino de lo cielos». Así hoy día escuchamos: «Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos». Aquellos que reconocen que espiritualmente son pobres y en su pobreza de espíritu, ellos buscan al creador, al redentor, y al santificado de su espíritu—en verdad de ellos es el Reino de los cielos.

Dichosos los que lloran, porque serán consolados». Aunque es apropiado que pensemos en el consuelo de nuestro Señor cuando lloramos por la pérdida de un ser querido, esta

bienaventuranza nos eleva para llorar por una razón diferente. Tal vez San Pablo lo explicó mejor cuando en su Segunda carta a los Corintios, escribió:

«... ahora me alegro, no por su tristeza, sino porque esta tristeza los llevó al arrepentimiento. Esta tristeza venía de Dios. . . . La tristeza que viene de Dios lleva al arrepentimiento y realiza una obra de salvación que no se perderá» (II Corintios 7:9-10^a). Aquellos que lloran con Dios sobre el mal y el dolor y el sufrimiento en este mundo y dentro de cada uno de nosotros de hecho serán consolados.

«Dichosos los sufridos, porque heredarán la tierra». No debemos confundir los sufridos, o como otra traducción dice, los pacientes con los que son serviles o tímidos, o los que les faltan autoestima. Jesús reclamó por sí mismo esta característica de ser sufrido o paciente. «Vengan a mí los que van cansados, llevando pesadas cargas, y yo los aliviaré. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, que soy paciente y humilde de corazón, y sus almas encontrarán descanso» (San Mateo 11:28-29). Esta misma palabra que es traducida como «sufrido» o «paciente» en el Evangelio, es traducida como «gentil» en la primera carta de San Pedro.

Cuando mi segunda hija era una joven, ella era batalladora en la defensa de su fe. En un momento su defensa agresiva hiere los sentimientos de una querida amiga. Después de que mi hija llorando me dijo cómo ella había herido a su amiga Jean, yo le mostré un pasaje en la primera carta de San Pedro, y ella hizo una pancarta con las palabras del pasaje y puso la pancarta sobre su cama. Estas son las palabras: «Estén siempre preparados para responder a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ustedes. Pero háganlo con gentileza y respeto . . . » (I Pedro 3:15-16^a). Por lo tanto, aquellos que son sufridos, pacientes, y gentiles como Jesús heredarán la verdadera tierra prometida.

Quiero concluir esta homilía con las palabras de San Pablo en su carta de los Efesios, palabras que repiten o resumen algo de lo que Jesús dice en las Bienaventuranzas:

Yo . . . les ruego que vivan de una manera digna del llamamiento que han recibido, siempre humildes y amables, pacientes, tolerantes unos con otros en amor. Esfuércese por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz. Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como también fueron llamados a una sola esperanza; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos y por medio de todos y en todos (Efesios 4:1-6).